

SANDEL, Michael: *The Tyranny of Merit. What's Become of the Common Good?*, Allen Lane, 2020, 272 pp. ³

El talento de Michael Sandel no consiste tanto en ser capaz de escribir obras filosóficas divulgativas con potencial de *best-seller*, como en hacerlo con fidelidad al rigor académico que se supone en un profesor de Harvard. Tanto las ideas de Sandel como su proyecto público intelectual pueden gustar más o menos, pero no es fácil encontrarle los fallos. Conducirse con igual soltura en niveles de discurso tan diversos como los que recorre habitualmente es una habilidad notable, y hacerlo sin incoherencias filosóficas ni estridencias retóricas, sabiendo ser simple sin ser simplista, demuestra una virtud especialmente apreciable en los tiempos que corren.

Sin duda, estas cualidades están presentes en su última obra, *The Tyranny of Merit*, escrita con el telón de fondo de la pandemia global, de los penúltimos desmanes de Donald Trump en la presidencia de los Estados Unidos, y de la convulsión europea provocada por el *Brexit*. Debo confesar que le he dado más de una vuelta antes de decidirme a reseñar la obra, no porque le prevea un recorrido escaso (solo el nombre del autor augura lo contrario), sino porque su registro transita con tanto atrevimiento entre lo académico y lo *quasi* periodístico que cabe dudar si la reseña es realmente apropiada en un foro como este. Como muestra: el libro contiene más referencias a Trump, Obama o los Clinton que a Rawls o a Dworkin.

Estas líneas atestiguan que he resuelto la duda en un sentido afirmativo, y el principal motivo para hacerlo ha sido el más natural: su contenido estrictamente académico es relevante para los ámbitos de la filosofía jurídica, política y ética, entra en debate con algunas de las principales ideas contemporáneas, y propone una posición propia sólida y relativamente original. Acompaño esta justificación de una advertencia: no siempre es fácil deslindar lo académico de lo no-académico en Sandel, lo cual es la otra cara de la moneda de la proverbial legibilidad de su literatura. Aún así lo académico constituye una línea explícita y fácil de seguir, jalonada por argumentos y nombres relevantes, y en ocasiones es incluso posible considerarla aisladamente (el mejor ejemplo quizás, el capítulo 5, sobre la «ética del éxito», que constituye en sí mismo un pequeño ensayo autónomo sobre teoría ética y de la justicia).

El propósito de Sandel en su nuevo libro es criticar el ideal meritocrático que, de forma explícita o implícita, domina las discusiones sobre la justicia y los criterios de éxito y fracaso social en los Estados Unidos sin duda, en todo el hemisferio occidental con variantes, y vía la globalización en el mundo entero. La oportunidad de su ensayo es indudable, pues Sandel sitúa en los perversos efectos secundarios de la meritocracia el germen del *trumpismo*, del *Brexit*, del ascenso de los partidos de extrema derecha, y de otros fenómenos que a brocha gorda se vienen calificando como populismo.

Por mucho que sea hegemónica en el discurso político contemporáneo, y por mucho que pretenda entroncarse (de forma tramposa, luego lo vemos) con un ideal griego clásico de gobierno de los mejores, la meritocracia no es justa.

³ Reseño a partir de la edición original en lengua inglesa. Existe edición española publicada por la editorial Debate con el título *La tiranía del mérito. ¿Qué ha sido del bien común?* (traducción de Albino Santos Mosquera).

Lo expresa y argumenta Sandel con esa contundencia, que exige aclaración frente a una contracrítica fácil: ¿entonces deberían acceder a los puestos cualificados los menos capaces? Obviamente no, ni cuestiona Sandel, ni creo que pueda cuestionar nadie con sentido común, que en una buena organización social debería haber un encaje lo más ajustado posible entre responsabilidades, capacidades y talentos. Lo que sí cuestiona Sandel es que ese encaje traiga consigo una relevancia moral. Su razonamiento parte de unas líneas bien conocidas, pues corresponden básicamente con las ya trazadas por Rawls: ni es mérito nuestro el equipamiento de talentos y capacidades con que nos ha dotado la lotería natural, ni tampoco lo es que en la sociedad y momento histórico en que vivimos sean esos talentos y capacidades los apreciados. Por supuesto, y quizás más importante, tampoco es demérito lo contrario. Una teoría de la justicia debería ser, por tanto, ciega a los talentos y a las capacidades, dijo Rawls, velo de ignorancia mediante, y ratifica Sandel.

Sin embargo, y sin menospreciar la influencia que Rawls ha ejercido en temas de justicia distributiva, parece que este mensaje no ha calado, sino más bien al contrario. Sandel nota lo que cualquiera puede constatar: el creciente desplazamiento de las discusiones sobre justicia al ámbito del reconocimiento y de la igualdad de oportunidades. Desde las políticas de discriminación positiva que irrumpieron hace ya décadas hasta los departamentos de igualdad que con múltiples denominaciones proliferan en los gobiernos actuales, desde el *Me Too* y el *Black Live Matters* hasta el movimiento para la incorporación de las mujeres en los consejos de administración de las grandes empresas, las luchas actuales por la justicia se plantean sobre todo en términos de igualdad de oportunidades. Se trata de lo que Nancy Fraser ha llamado reivindicaciones de reconocimiento legal o cultural, por las que los grupos que se han visto tradicionalmente marginados reclaman dejar atrás ese estado subalterno para poder competir en la vida social, política y económica en pie de igualdad con los tradicionalmente privilegiados. Reivindicaciones que la propia Fraser distingue de las de redistribución socioeconómica, que tienen que ver con el logro de una igualdad efectiva en las condiciones de vida entre individuos, con independencia de cuestiones de identidad o pertenencia.

A efectos prácticos, las reivindicaciones de reconocimiento se traducen en las políticas de igualdad de oportunidades, que en sí mismas ya estaban asentadas en el núcleo de la filosofía rawlsiana (explícitamente como el segundo elemento de su segundo principio de justicia). Sin embargo, de lograrse la perfecta igualdad de oportunidades, señala Sandel, esta nos situaría en la posición de poder competir en la carrera de manera justa (más en el sentido de *fair* que de *just*), colocándonos a todos en la misma línea de salida. Pero el problema, prosigue Sandel, no está (solo) en la línea de salida: el problema está (también y fundamentalmente) en la carrera.

Y la carrera es una carrera meritocrática, una carrera en la que ganamos o perdemos en base a unas cualidades, talentos y capacidades que nos merecemos tan poco como el color de los ojos, la calidad de nuestra voz, o cualesquiera otras características personales arbitrarias. Una meritocracia que las políticas de igualdad de oportunidades, más que dejar inalterada, en realidad refuerzan a base de insistir en la retórica competitiva («queremos *competir* en pie de igualdad») y en el propósito de situar al individuo en las mejores condiciones para que desarrolle sus talentos y capacidades, y con su propio esfuerzo luche por obtener el éxito merecido. Ahora bien, la justicia económica, que es otra cosa, no consiste en que miembros de un grupo tradicionalmente marginado tengan por fin la posibilidad de alcanzar las mejores posi-

ciones en sociedades radicalmente desiguales. La justicia económica consiste en que las sociedades no sean radicalmente desiguales. Y las nuestras lo son.

También son tecnocráticas, y aunque tecnocracia y meritocracia no sean lo mismo, casan bien. Las cualidades personales y profesionales que se aprecian, que se valoran (en el mercado, ahora llegamos a esto) son de tipo técnico, y cuanto más técnico más meritorias parecen. Aquí se descubre tramposa la vinculación de la meritocracia con el ideal griego del gobierno de los mejores, a la que me he referido antes. Era aquel un ideal meritocrático, sí, y elitista en su esencia. Pero alejado de la meritocracia contemporánea en que por «los mejores» se entendía a los más virtuosos, y los principales puestos de gobierno, según aquellos filósofos, debían ser para quienes sobresalieran en la virtud por excelencia, a saber, la de identificar el bien común a través del debate público, del raciocinio y de la deliberación.

Que la política contemporánea no está yendo por ahí es algo que Sandel se ocupa en justificar, aunque en realidad sea redundante para cualquier lector mínimamente informado. Pero quizás ni siquiera es a la política a la que tenemos que mirar, porque la tecnocracia contemporánea en la que se juegan las victorias y las derrotas meritocráticas es esencialmente una tecnocracia mercantil. Tecnocracia mercantil que ha dominado el mundo (no es una expresión) vía la globalización que muchos llaman neoliberal y que Sandel, con una neutralidad que me parece acertada en su desenfado, adjetiva como «*market-friendly*». Los ganadores y los perdedores de nuestro mundo son los ganadores y los perdedores de un juego normado por los llamados mercados globales; son estos los que determinan quién gana y quién pierde, lo cual se traduce (indebidamente) en quién *merece* ganar y quién *merece* perder.

Se nos mezclan aquí dos puntos: uno de ética económica y otro de psicología social. En su estilo canónicamente analítico, Sandel los distingue bien. El de ética económica le lleva a adentrarse en un terreno en el que se siente cómodo: el de los orígenes del liberalismo económico y del libertarismo filosófico *à la* Hayek. Y en ese trayecto nos subraya algo que, sin ánimo alguno de afiliarse a ese paradigma (es Sandel, el de *What Money Can't Buy*), nos muestra unos perfiles conceptuales que a menudo se pierden en la crítica más frontal. Defender que el mercado en régimen de *laissez faire* sea la manera más eficiente de distribuir recursos humanos y materiales no es lo mismo que defender que el resultado de esa distribución sea éticamente valioso. Los *free marketeers* se distinguen de Rawls en la voluntad de corregir ese resultado: los primeros no tienen interés ni siquiera en intentarlo, mientras que el segundo basa en dicha corrección la singularidad de su filosofía política. Pero ese es otro debate, un debate en que Sandel no entra en esta obra, y que para nada cuestiona la distinción esencial, el salto filosófico insalvable, entre valor de mercado y valor ético.

Por ejemplificarlo: el hecho de que los futbolistas profesionales ganen abrumadoramente más que las maestras de educación primaria no dice nada sobre la contribución social que hacen unos y otras. Simplemente dice (si nos creemos los principios de la economía clásica) que según la mecánica del libre mercado a los futbolistas se les paga abrumadoramente más que a las maestras. Para los libertarios eso no es un problema. Para Rawls tampoco lo es (con matices, que ahora no tocan) siempre que esa desigualdad revierta en los más desfavorecidos, vía el principio de diferencia. Pero ninguna de las dos partes en el debate, ni los libertarios siquiera, sostienen que esta diferencia refleje la contribución que hacen a la sociedad el futbolista o la maestra de educación primaria, mucho menos su valía personal.

¿Entonces quién es quién sostiene esto, quién confunde el valor en el mercado con el valor de contribución social, quién da a la oferta y a la demanda relevancia ética? Pues en realidad todos, dice Sandel, lo acabamos haciendo, y aquí entro en el segundo de los puntos que he señalado más arriba, el de psicología social. Ni Rawls ni los de Chicago pretendieron que valor de mercado equivaliera a valor social, mucho menos a valor moral, pero ambos son igualmente responsables (sí, Rawls también) de haber extendido en forma vulgarizada esa equivalencia, que ahora permea la sociedad en todas sus capas. Y esa equivalencia obtiene su máxima expresión en el ideal meritocrático, esto es, en la idea de que aquellos que tienen más mérito valen más, y que ese mérito lo determinan las habilidades, cualidades y talentos que valora la sociedad, lo que a día de hoy es tanto como decir que valora el mercado.

Se trata de un deslizamiento que ya tiene *mutatis mutandi* su precedente histórico. En una tesis típicamente weberiana, Sandel nos retrotrae a la doctrina calvinista de la predestinación para situar ahí los orígenes de la meritocracia mercantilista. Aunque a mi juicio la digresión daba para más que el uso que Sandel le otorga, el meollo de la cuestión es bien conocido, y su tratamiento de la misma suficiente en el contexto de este libro. La doctrina calvinista original concebía la prosperidad material como signo de salvación: si prosperamos en este mundo es indicación de que en el otro nos espera la gloria eterna. Pero los humanos somos ansiosos por naturaleza, y el signo se convirtió inadvertidamente en causa: hay que prosperar aquí *para* garantizar la gloria eterna allí. Avanzando la historia, y eliminado el elemento religioso, desapareció con él la promesa del premio ultraterreno, pero el mecanismo sigue siendo el mismo y la ansiedad se hace más patente. El éxito, o lo que los sociólogos llaman el ascenso en la escala social, se convierte en el fin en sí mismo, merecida consecuencia de los propios talentos, de las propias capacidades y del propio esfuerzo.

En este discurso, que vertebra explícitamente la motivación de muchas carreras profesionales e implícitamente la de casi todas, el dinero con que el mercado recompensa a cada uno no es solo un bien que permite satisfacer necesidades, sino que se convierte en el marcador o criterio de tanteo en el juego de la vida. La economía invade un terreno que no es el suyo, y con ello se produce un movimiento doblemente perverso: se le da al dinero la importancia que no tiene, y se le quita al trabajo la importancia que tiene. El aspecto honorífico de este, vinculado a la idea de la dignidad del trabajo, suena a nostalgia de tiempos pasados frente a una concepción instrumental del empleo (¡empleo!) como el medio para lograr puntos en la dura competición de la vida.

Ahí entra la retórica meritocrática, echando pimienta en la herida. El discurso del talento, del esfuerzo y de la superación es fácilmente leído por el perdedor en sentido opuesto. No solo le va mal a usted, sino que le va mal porque carece de talentos, porque no se ha esforzado, porque no tiene lo que sea que hay que tener para poder triunfar. Si además existen políticas de igualdad de oportunidades de las que se ha podido beneficiar, y no lo ha logrado, ni siquiera formar parte de un grupo discriminado le vale como excusa. En definitiva: si le va mal es su culpa y solo su culpa. Y viceversa del otro lado. En una sociedad meritocrática mostrar humildad es casi un deber supererogatorio para quien ha alcanzado el éxito. Lo ha conseguido, se lo ha ganado, se lo merece.

Para criticar los efectos secundarios de la meritocracia Sandel la compara, con cierta ironía, con las sociedades aristocráticas (que por supuesto no

defiende *per se*). Ambas desiguales, en estas últimas los desposeídos podían maldecir su suerte, pero no sufrían la tortura de la auto-inculpación. De la misma manera, los privilegiados disfrutaban su posición sin la orgullosa afirmación de superiores talentos o de mayor esfuerzo: la sangre o el abolengo bastaban. Las cosas ahora son distintas. Los jóvenes hacen carreras de diseño, entrando en competencia ya desde la elección de estudios y universidad, una competencia progresivamente global, y que se va volviendo más selectiva conforme se avanzan etapas. ¿Quién les puede decir, si y cuando alcanzan el éxito por el que han luchado, después de un camino de sacrificios y no infrecuentemente notables costes psicológicos, que no merecen el fruto de su esfuerzo y de sus talentos? Y en cuanto a los trabajadores industriales del llamado primer mundo, que han visto como sus puestos se deslocalizan a partes del globo donde otros hacen el doble por la mitad de sueldo, ¿quién les puede convencer de que no son los culpables de perder su empleo y de no encontrar salida ni adaptación a las nuevas formas de la economía? A la precariedad se añade la humillación y esta deriva en rabia. Llega un Donald Trump sabiendo lo que hay que decir, y acabamos donde estamos. «¡El populismo!», se quejan las élites. Los efectos de la meritocracia, responde Sandel, inevitables por más que indeseados.

En mi opinión, la línea argumental comentada en los párrafos anteriores justifica sobradamente el interés de la obra reseñada para nuestra comunidad académica. Exige, cierto, una selección del grano entre la paja, aunque en descargo de Sandel vale decir que la paja con que rellena el libro es muy legible y no carece de relevancia, cuando menos política. Pero existen además valores que podríamos considerar periféricos en relación con esa línea central y que refuerzan el interés de la obra.

Seguramente el más relevante de entre estos para un público académico sea la consideración de la propia educación (y en particular la universitaria) como objeto de estudio destacado al que se dedica un capítulo entero del libro, además de menciones a lo largo de todo el texto. Esta consideración se explica por el importante papel que la educación juega en el proceso meritocrático, donde actúa como «*the sorting machine*», esto es, una auténtica máquina clasificadora que discrimina entre los distintos talentos y capacidades y los orienta hacia allí donde son más oportunos para el mercado (el término no es baladí) laboral. Si en su instrumentalización el trabajo parece perder algo de lo que lo hace digno, en la educación las cosas son aún más graves, pues esta ve comprometida directamente su propia esencia convirtiéndose en «medio para» (desarrollar las capacidades, rentabilizar el esfuerzo, ejercitar los talentos, demostrar los méritos, lograr el acceso a carreras profesionales que permitan ascender en la escala social, etc.). Encuadrando su reflexión en un análisis cualitativo y cuantitativo muy bien documentado sobre la evolución de la educación superior en Estados Unidos desde mediados del siglo pasado, Sandel muestra cómo los efectos perversos de la meritocracia se manifiestan ya en la casilla cero, con un sistema de admisiones crecientemente competitivo que convierte el estudio y el aprendizaje de las etapas juveniles en una experiencia frustrante para muchos perdedores y opresiva y estresante incluso para los ganadores. Aunque el campo de análisis esté aquí circunscrito a la realidad norteamericana, sin duda posee interés para nosotros como mínimo por dos razones. Primera, porque la tensión entre el aprendizaje como fin en sí mismo y el aprendizaje como preparación utilitaria para el mercado de trabajo es una tensión esencial de la universidad en todos los lugares (y quizás tiempos). Segunda, y muy concretamente, porque

la retórica competitiva de la educación estadounidense se ha extendido y se sigue extendiendo de manera creciente en lo que se va dando en llamar el paradigma de la educación global.

Esta argumentación convencerá más o menos. Creo que es un truismo entre los colegas, el cual suscribo, que cuanto mayor sea la concentración en un aula de talento y capacidad, mejor será la experiencia educativa, sea cuál sea la materia y su propósito. No creo que Sandel contradiga expresamente eso, pero sí pienso que puede ser una resistencia importante a la hora de dejarse convencer por sus tesis (que incluyen la propuesta de un sistema propio, más justo a su entender, de acceso a la universidad). Pero el valor último del libro no depende solo de su capacidad de convencimiento, sino también de la oportunidad y relevancia de las preguntas y de la lucidez de los argumentos mediante los que las responde. Incluso quien no acepte la totalidad de su posición, e incluso quien se mantenga como un defensor sin tapujos de la meritocracia, habrá encontrado en el camino toda una serie de puntos críticos muy iluminadores, y en mi opinión acertados en el fondo, con relativa independencia de la valoración de la tesis *in toto*. Y junto a ellos un mensaje de alcance existencial: la invitación a reconocer humildemente que cómo nos va en la vida depende más de Dios, del destino o de la pura suerte (según creencias) que de nosotros mismos.

César ARJONA SEBASTIÀ
(ESADE. Universitat Ramon Llull)